



*EL MEDICO DE GRANADA*

Era el mes de yumada al wula del año 693 de la hégira. Chawdar al Nasri paseaba junto al río Hadarro y observaba la fuerte corriente del agua en aquella época del año por el deshielo de la sierra. Chawdar era un hombre observador, meticulado, ingenioso y médico. Había inventado varios instrumentos para ayudarse en su profesión y otros artilugios para hacer más cómoda la vida. Entre ellos, había inventado un reloj de agua que todos los nobles y ricos de Granada querían tener.

Algunos meses más tarde, una epidemia ocasionó muchas muertes en la ciudad y él, como médico, atendió a muchos contagiados pudiendo evitar en algunos casos la muerte del paciente. Una tarde, ya oscureciendo, acompañó a un buen amigo que había muerto hasta el viejo cementerio junto a los muros de la Alhambra para su entierro. Se quedó unos instantes en oración junto a la tumba y con la primera oscuridad y entre las tumbas, vislumbro la inconfundible silueta de la Muerte con su guadaña en una mano y una lista en la otra. Lleno de ira por la pérdida de su amigo fue a su encuentro y con un rápido y violento tirón le arrancó la lista, observando entre las tinieblas que su nombre estaba en ella. Con rabia la rompió y arrojó sus pedazos al viento de la noche que no tardó en arrastrarlos. La Muerte airada le dijo: esta vez me has burlado, pero guárdate de mí pues la próxima vez que te encuentres conmigo no te librarás.

Tras aquel encuentro, sintió terror y decidió abandonar la ciudad. Inició un viaje muy largo y de varios años. Cruzó hasta África y llegó a Egipto, donde conoció y estudió los secretos de la medicina y del embalsamamiento de los muertos de los antiguos egipcios. En Mesopotamia conoció y presencié rituales mágicos que ayudaban a sanar y, en fin, llegó hasta China donde compartió con sus experimentados médicos el conocimiento de filtros, plantas y pócimas para el tratamiento de todas las enfermedades.

Sin embargo, un día sintió nostalgia del frescor de los huertos de Granada, de sus amigos y parientes y decidió volver.

Causó gran alegría su vuelta y en su satisfacción, decidió organizar una gran fiesta entre sus amigos y familiares. Todos los invitados acudieron a la fiesta con un pequeño regalo con el que fueran recordados y su hija menor le llevó una bella rosa roja. Chawdar se sintió muy satisfecho por ello y su dilatado afecto paternal le llevó a

aspirar profundamente el perfume de aquella rosa que su hija le había regalado. De inmediato cayó fulminado y muerto.

La muerte vengadora, sintiéndose burlada durante tanto tiempo, se ocultó en una minúscula gotita de rocío y esta vez no escapó.

